

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

Juana de Castilla

la esfera  de los libros

Atisbos de esperanza

Tordesillas, marzo de 1517

¿Por qué no reacciona como los demás? No protesta, no se queja. Tiene que dolerle..., le ha clavado las púas de la peineta en la mejilla...Y ni un gesto de protesta. ¿Quién puede ser? Solo le ha pedido permiso para retirarse.

—¡Que se vaya! ¡Que se vayan todos y me dejen en paz! ¡¡¡Y tú no sigas peinándome!!! No soporto más esta tortura. Me haces daño. Eso es lo que deseáis todos, acabar conmigo.

—Pero, señora, no sabéis el aspecto que tenéis. Debéis dejar que os arregle —dice la sirvienta con voz firme.

—Yo soy quien decide lo que tengo que hacer. Abandona inmediatamente la habitación. ¡Ya! Te lo ordeno. ¡¡¡Vete!!!

—Está bien. Os deajo, pero sabed que os volverán a encerrar a oscuras —comenta sonriendo la sirvienta mientras abandona la habitación.

Doña Juana, fuera de sí, toma el primer objeto que tiene al alcance de la mano y lo estrella contra la puerta que acaba de cerrarse.



Hernán Duque se encuentra en la sala contigua y al ver salir a la criada se dirige a ella:

—¿Qué es lo que pasa, a qué se debe su terrible enfado?

—Siempre está así. Mosén Ferrer ya habría dado orden de encerrarla. ¿Puedo preguntaros quién sois vos? ¿Por qué no habéis ido a que os curen la herida?

—Es un rasguño sin importancia. Soy el nuevo jefe de la casa de la reina doña Juana.

—¿Vos? —pregunta sorprendida la criada—. ¿Sois vos el que va a sustituir a mosén Ferrer y no la pone en su sitio?

—Dejémosla descansar. Mañana me reuniré con todo el personal.

—¿Manda alguna cosa?

—No, no. Puede retirarse.

Hernán Duque duda unos segundos si llamar a la puerta de doña Juana para presentarse; no ha podido hacerlo en el encuentro tan poco afortunado que han mantenido hace unos minutos. No pensaba ir a cumpli-

mentarla, pero al pasar al lado de su habitación y escuchar aquellos gritos decidió entrar.

La escena le había impresionado: doña Juana, una mujer todavía joven, mal vestida y poco aseada, se debatía furiosa con la sirvienta que intentaba desenredarle el cabello para poder peinarla.

Ninguna de las dos se había percatado de su presencia. Hernán Duque se acercó a ellas, saludando. La reina fuera de sí, al darse la vuelta para ver quién había entrado, sin proponérselo, en un arrebatado de ira, le hirió en la mejilla con las púas de la peineta. Él pensó que lo mejor era salir sin decirle quién era.

Ahora tampoco lo hará. Mañana, con el nuevo día y después de asimilar y analizar el encuentro con doña Juana, será el momento de presentarse.



Hernán Duque no quería aceptar aquel puesto, pero el cardenal Cisneros se había empeñado en que así fuera. No deseaba enjuiciar la labor de nadie, y menos la de quien lo había precedido en el cargo, pero era del dominio público el rechazo que todos sentían, en especial los vecinos de Tordesillas, hacia mosén Luis Ferrer, al que acusaban de ser un cruel carcelero y de someter a doña Juana incluso a malos tratos. Algo le había comentado

Cisneros al respecto. Él tratará de hacer todo el bien que pueda a la soberana.

Aunque Hernán Duque hubiese cedido a la tentación de enjuiciar el comportamiento del anterior jefe de la casa de la reina, por muy mal que pensase no habría exagerado, porque la realidad era aún peor.

Designado por el rey Fernando para que vigilase el encierro de su hija en Tordesillas, mosén Luis Ferrer había cumplido a rajatabla la misión encomendada. En los casi ocho años que estuvo al frente del cuidado de la reina, el aislamiento al que la sometió fue total. Ni un solo día consintió que doña Juana saliera al exterior del palacio, y por supuesto no se le permitían visitas. Algunos nobles castellanos, que en más de una ocasión intentaron saludar a su reina, se encontraron con la negativa de mosén Luis Ferrer, que inventaba disculpas que ya nadie creía, pero que no les quedaba más remedio que aceptar.

Cuando la reina se negaba a comer, la obligaba a alimentarse, aunque tuviese que llegar a los castigos físicos. Él mismo reconoció haber utilizado la violencia con ella. Otras veces, para conseguir que doña Juana se mostrara obediente o para castigarla por alguna protesta que había protagonizado, la mandaba encerrar en una habitación totalmente a oscuras.

El palacio en el que Juana estaba encerrada había sido creado por iniciativa del rey Enrique III. Estaba situado en las inmediaciones del palacio monasterio de Santa

Clara mandado construir por el rey Alfonso XI para celebrar la victoria en la batalla del Salado, convirtiéndolo en la residencia de su amante, Leonor de Guzmán.

Años más tarde, el rey Pedro I finalizaría las obras de este palacio mudéjar en el que viviría con María de Padilla. En él nacieron sus dos últimos hijos.

Será este monarca quien decida ceder el palacio a la mayor de sus hijas para que lo convierta en convento. Y así fue, después de que el papa Urbano VI, en 1365, aprobara su fundación. A lo largo de los años se fueron realizando obras para adaptarlo a las necesidades conventuales.

Por ello, el nuevo rey de Castilla, Enrique III, al no disponer de residencia en Tordesillas, decidirá la edificación de otro palacio nuevo, que es en el que vive doña Juana.

Es de planta rectangular, con dos pisos de altura. Cuenta con tres puertas. Una al sur, frente al Duero, otra el norte y la tercera mirando al oeste. Tiene un corredor exterior y en la fachada sur se levanta una torre cuadrada, con tres alturas; la última dispone de un pequeño mirador.

En el interior tiene dos patios y una pequeña huerta. Los materiales utilizados en su construcción no habían sido buenos, por lo que es preciso realizar continuas reparaciones.

Doña Juana, la reina cautiva, será su última moradora. A su muerte, el castillo en el que había vivido en-

cerrada más de cuarenta años quiso desaparecer con ella y poco a poco se fue desmoronando en el más absoluto de los olvidos.

Tordesillas era entonces una localidad importante en la que residían más de mil familias. Un lugar castellano muy querido por la historia. Su nombre ha quedado impreso para siempre en el Tratado que en ella se firmó entre los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, y el monarca portugués Juan II.

En Tordesillas estaban muy al tanto de la situación de la reina. Se contaban tantas cosas de su enloquecido comportamiento que ya muchos creían en la locura de doña Juana, aunque todos rechazaban el trato vejatorio al que la sometían. Algunos personajes destacados de la villa pensaron en ayudarla en alguna medida, pero poco podían hacer, pues todo estaba autorizado por su padre, el rey Fernando, que, apoyado por el cardenal Cisneros, regentaba el reino en ausencia de su hija, a la que había inhabilitado encerrándola.

El pueblo seguía con cierto dolor los comentarios que atravesaban los muros de palacio. Por eso a la muerte del rey Fernando, en 1516, los vecinos de Tordesillas se sublevarán exigiendo que mosén Luis Ferrer fuera relevado del cargo.

El cardenal Cisneros estaba de acuerdo con las medidas que el rey Fernando había tomado respecto a su hija. De ahí que al fallecimiento de este decida que la reina deba seguir encerrada, mientras él asume la re-

gencia —según el testamento del Rey Católico— en espera de la llegada del hijo de doña Juana, Carlos. Cisneros, por tanto, mantiene el aislamiento de la reina. Pero sí tiene en cuenta las protestas de los vecinos de Tordesillas y la carta que doña María de Ulloa, camarera de la reina, le escribe dándole cuenta de las penalidades a las que estaba sometida doña Juana:

... Sus ojos no pueden soportar la luz, lo cual no es de extrañar, ya que cuando no quería comer la encerraban en un cuarto oscuro hasta que cambiara de parecer. En los últimos tiempos no se le ha consentido entrar al monasterio de Santa Clara, donde se guarda el túmulo de don Felipe que Dios tenga en su gloria. La he encontrado mucho peor de lo que me podía imaginar. Si el estado de nuestra señora mueve a compasión, otro tanto ocurre con la princesa Catalina, que, a punto de cumplir nueve años, no conoce el mundo fuera de este castillo. Cuanto haga vuestra eminencia por mejorar la suerte de nuestra señora no dude de que será obra de gran justicia y gratísima a los ojos de nuestro Señor Jesucristo.

En un gesto de cordura, tal vez de compasión, Cisneros cesa a mosén Ferrer en sus funciones y nombra a Hernán Duque, al que conoce muy bien, pues ha luchado a su lado contra los moros.

El hombre en el que se ha fijado es una persona en la que confía sin ningún tipo de reservas. El gesto que el capitán de las tropas castellanas, Hernán Duque, había tenido al ofrecerse a cambio de uno de sus hombres, padre de siete hijos, que había sido hecho prisionero y que iba a ser asesinado por no poder pagar su familia el rescate exigido, le ennoblecía. Al igual que su reacción posterior.

El cambio de prisionero fue aceptado y el rescate solicitado, para liberar ahora a Hernán, se incrementó. No pertenecía este a una familia muy pudiente y su anciano padre para salvarlo decidió el matrimonio de Hernán con una joven con problemas de salud cuyo destino era quedarse soltera, pero de familia campesina con grandes posesiones. Con la dote conseguida por su padre, Hernán Duque fue liberado tras un año de cautiverio. Al poco de regresar a su pueblo contrajo matrimonio, cumpliendo el compromiso paterno. La joven esposa, que se llamaba María Micaela, mejoró a su lado de las convulsiones que padecía, pero al dar a luz en su primer embarazo fallecieron ella y el bebé.

Hernán Duque tomó entonces la decisión de hacerse monje franciscano. Ingresó para cursar el noviciado en el convento de Valladolid y es allí adonde acude Cisneros para proponerle que acepte el cargo de ocuparse de doña Juana.

Hernán Duque muestra sus deseos al cardenal de seguir en el monasterio y rechaza su oferta, pero Cis-

neros lo convence diciéndole que es la voluntad de Dios. Que nadie mejor que él para intentar ayudar a la desdichada soberana que se ha visto sometida hasta entonces a un humillante trato por parte del responsable de su casa.



Doña Juana no consigue quedarse dormida. Su mente no la deja encontrar la tranquilidad necesaria para entregarse al sueño.

¿Pero es de noche o aún brilla el sol? ¿Cuánto hace que no siento el tibio calor de los rayos solares, que no miro al cielo? ¿Cuánto tiempo que no respiro el aire puro de los campos de Castilla? A veces mi imaginación me lleva por sendas tortuosas, pero son mejores que mi realidad. Hay momentos en que no sé discernir si lo que estoy viviendo es real o una pesadilla. Sí, puede que lo sucedido con ese extraño sea un ensueño. Sí, un sueño, porque todos me odian, y esa persona a la que herí no dijo nada, y me pidió permiso para retirarse, cuando nadie lo hace. Dios mío, no sé desde cuándo vivo en esta casa. He perdido la noción del tiempo. Solo al mirar a mi hija tengo la prueba de que este ha transcurrido. Al llegar a esta cárcel, la infanta Catalina aún gateaba y

ahora es una niña que pronto se convertirá en una preciosa jovencita. Ella es mi único consuelo en esta prisión. ¡Pero qué me importa el tiempo! En mi vida todos los días son iguales. ¿Para qué voy a levantarme de la cama? A veces duermo en el suelo. Todos me castigan y yo también lo hago. Quieren que me arregle, ¿por qué voy a hacerlo? Si me han expulsado de la vida. Vine a Tordesillas de acuerdo con mi padre, el rey. Yo no ansío el poder y él me propuso ayudarme en el gobierno de Castilla, algo que acepté confiada. Pero jamás pensé que me encerraría. ¡Mi padre!... Nada está claro en mi cabeza, creo que nunca me ha querido. A veces necesito recordar quién soy, porque ahora es como si no tuviera identidad. Todos me ignoran o me insultan.

Yo soy Juana de Trastámara, tercera hija de los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando. Nací en Toledo, en el palacio de Cifuentes, cuando corría el otoño de 1479. Pude haber llegado al mundo en cualquier otro lugar, ya que la corte era itinerante, se establecía en el lugar en el que viviesen mis padres, que se desplazaban con frecuencia de un lugar a otro en un intento de unir y pacificar el reino. Cuando yo nací, acababan de ganar la guerra a los partidarios de defender los intereses al trono de la sobrina de mi madre, doña Juana, a quien llamaban la Beltraneja, aunque mi madre, la reina Isabel, jamás utilizaba ese término para referirse a ella. El mismo año en el que nací mi padre se había conver-

tido en rey de Aragón por el fallecimiento de mi abuelo, el rey Juan II.

Mi corazón se enternece cuando pienso en mi hermana Isabel. Siempre fue un modelo para mí, quería ser como ella. Tenía nueve años más que yo. Me ayudaba en todo. Nuestros padres estaban poco con nosotros. Teníamos a muchas personas que se ocupaban de que estuviéramos bien; nos educaban, nos alimentaban. A veces alguna de esas personas nos quería, pero echaba en falta a mis padres. Yo era como un juguete para Isabel, que siempre me quiso mucho. Algunas veces acompañábamos a nuestros padres cuando iban a quedarse un tiempo en algún lugar. Así sucedió cuando se establecieron en Córdoba, donde mi madre trajo al mundo a la que sería nuestra querida hermana, María. Con el nacimiento de María y tres años más tarde de Catalina, yo ya tenía compañeras de juegos, pero mi relación con Isabel era muy especial. Prefería estar con ella a pesar de la diferencia de edad o tal vez por ello.

Durante un tiempo alternábamos nuestras estancias entre la ciudad andaluza y Alcalá de Henares. Recuerdo que yo esperaba ilusionada nuestro regreso a Córdoba. Los jardines del Alcázar, en el que vivíamos, eran maravillosos. Siempre me ha gustado estar en contacto con la naturaleza. Muchas tardes paseando con mi hermana Isabel, me hacía confidencias. Me contaba que pronto la casarían, aunque a ella no le apete-

ciese, y me aseguraba que a mí me sucedería lo mismo, pero en aquellos momentos me parecía algo muy lejano y no le daba importancia.

Paseando por aquellos jardines vi una vez a un caballero que luego sería famoso porque descubrió para mis padres una nueva tierra. Si no recuerdo mal se llamaba Cristóbal Colón. Creo que fui una niña un poco retraída. Para nuestra madre, la cultura era muy importante. Nos enseñaban latín, literatura, historia, música, canto... Ella nos daba ejemplo, el poco tiempo que le dejaba el gobierno de sus reinos se dedicaba al estudio. Recuerdo que alguna vez pedí permiso para quedarme en la sala donde mi madre y una de nuestras preceptoras, Beatriz Galindo, hablaban de Aristóteles. Yo no sabía entonces quién era ese señor, pero me gustaba escuchar las cosas que decían de él y de sus escritos. A mi padre, el rey, casi no le veíamos. Siempre me sentí muy unida a él, tal vez porque me distinguía de mis otros hermanos diciendo que yo era igual que su madre, Juana Enríquez, muerta mucho antes de mi nacimiento. Yo siempre quise y respeté a mi padre...

Doña Juana pasea nerviosa por la habitación. Parece buscar algo. Mira en una caja de las muchas que allí están apiladas. La tira y mira en otra. Destapa una tercera y tampoco encuentra lo que busca. Abatida, se sienta al borde de la cama.

Soy incapaz de encontrar el retrato de mi hermana Isabel. Cuando llegué a este lugar, traía conmigo los retratos de mi madre y de mi hermana mayor. Seguro que se los han llevado. No me dejan ningún consuelo. Si mi hermana Isabel viviera, se ocuparía por mí. Aún puedo sentir el dolor cuando tuvimos que separarnos. Estaban mis otras dos hermanas, María y Catalina, y aunque las quería, Isabel era mi apoyo y ella lo sabía.

—Mi querida Juanita, ha llegado el momento. Me voy. Ya estoy casada por poderes con el príncipe heredero de Portugal, Alfonso. Solo lo vi una vez cuando éramos niños. Espero que por lo menos sea agradable. Tienes que ser fuerte cuando te llegue el momento de irte. Yo preferiría quedarme con vosotras, pero debo cumplir con mi obligación —me decía mi hermana con su dulce sonrisa.

Nos encontrábamos en Sevilla, donde durante más de quince días se celebraron diversas actividades festivas para conmemorar el enlace de mi hermana. Todos disfrutamos de los festejos, pero a la hora de despedirnos afloraba la pena. Isabel estaba tranquila, pero yo no dejaba de llorar, no quería que se fuera y me aterraba pensar que los próximos seríamos mi hermano, el príncipe Juan, y yo. Recuerdo que le comenté:

—Isabel, ¿y si comunico a nuestros padres que quiero ingresar en un convento?

—No te harán caso y no te dejarán. Querida Juana, pertenecemos a la monarquía y nuestros matrimo-

nios sirven para sellar pactos, respondiendo a los intereses de nuestros padres.

Mi hermana Isabel se fue a Portugal, donde se celebró la boda, a la que no asistimos. Me dio miedo pensar que eso podría pasarme a mí. ¿Cómo comportarme en un mundo totalmente desconocido y rodeada de personas a las que nunca había visto? Pronto nos llegaron noticias. Isabel y Alfonso se habían enamorado. Me alegré tanto por ella. Isabel se lo merecía. Poco duró la felicidad. Antes del año, el príncipe Alfonso moría al despeñarse su caballo por un barranco en Santarém. Yo no dejaba de pensar en mi hermana, por ello me alegré cuando volvió a casa. Nuestra madre decidió que eso era lo conveniente. Isabel no parecía la misma. Nunca olvidaré una tarde que me pidió que la ayudara.

—Ven, Juanita, acércate. La parte de atrás tendrás que cortármela tú.

La miré asustada. Isabel tenía en sus manos unas tijeras y ya había cortado algunos mechones de su preciosa melena rubia.

—Por favor, no lo hagas —casi le supliqué. Pero Isabel, con una ternura que solo ella podía mostrar, me dijo:

—A partir de ahora quiero retirarme del mundo. Nunca más volveré a utilizar vestidos. Mi único atuendo será esta túnica —me aseguró mostrándome un sencillo sayal.

—Pero ¿qué te dirán nuestros padres? —le pregunté angustiada.

—Espero que me escuchen. Les voy a pedir autorización para ingresar en un convento.

—¿Y si no aceptan?

—Les rogaré que no vuelvan a casarme.

¿Qué haría yo cuando decidieran mi futuro? Miraba a mis hermanas pequeñas, María y Catalina, que, ajenas a nuestras preocupaciones, jugaban felices. Mis padres escucharon a Isabel y no se pronunciaron sobre lo que les pedía. Mi madre le mostró mucho cariño y trató de tranquilizarla. Siempre tuve la sensación de que Isabel era su hija preferida. En la vida, la alegría y la tristeza a veces se dan la mano. Todos estábamos tristes por lo sucedido al marido de Isabel, pero la alegría por la conquista del reino nazarí nos llenó de gozo. Nuestros padres quisieron que estuviéramos con ellos los meses previos a la rendición del rey Boabdil. Vivíamos en el campamento de Santa Fe. Allí pasamos las Navidades del año 1491. Ya se habían firmado las capitulaciones, pero todos esperábamos ver cómo el rey nazarí, Boabdil, entregaba a nuestros padres las llaves de Granada. Sucedió el 2 de enero de 1492. La alegría era desbordante. Una imagen para no olvidar. Me emocionó ver a nuestro hermano, el príncipe don Juan, cerca de los reyes, y a mi querida hermana Isabel toda vestida de negro al lado de nuestra madre. Qué orgullosa me sentí. Eran los mejores y más valientes reyes del mundo.

Fueron momentos felices y tranquilos que se prolongaron unos años, pero a nuestros padres les seguía

interesando reforzar los lazos con Portugal. Yo podía haber sido la elegida, pero el rey Manuel I conocía a mi hermana Isabel y la prefirió a ella. Nuestros padres accedieron: Isabel se casaría con el rey portugués. El matrimonio no se celebraría hasta 1497. Antes, yo me iría a Flandes para casar con el archiduque, Felipe el Hermoso, y de allí vendría doña Margarita, la hermana de Felipe, para casarse con mi hermano el príncipe Juan. De repente tres bodas. Y yo sería la primera.

Comenzaron los preparativos para el largo viaje que debería emprender. A mí solo me apetecía estar sola encerrada en mi habitación. No quería ver a nadie. Mi madre decidió que en el poco tiempo que tenía antes del viaje recibiera algunas lecciones de francés. Aquellos días no hablaba ni con mis hermanas, solo con Isabel, que venía todos los días a mi cuarto. Isabel me quería de forma especial. Fui la primera en llegar a su lado después de nuestro hermano.

—Juanita, vas a ser muy feliz, ya verás. Dicen que en Flandes la gente es muy alegre y que en la corte se celebran fiestas sin cesar. Y con lo que a ti te gusta el baile te divertirás y todos admirarán tu arte. ¿No recuerdas lo orgullosa que se sintió nuestra madre después de tu baile en Sevilla para celebrar mi boda?

—No insistas, Isabel, sabes muy bien lo que me cuesta relacionarme. No soy simpática como tú. ¿Qué voy a hacer yo sola en aquel mundo desconocido?

—No estarás sola. Nuestros padres se han ocupado de designar y organizar una corte que viajará contigo para que te arropen y protejan.

—No tengo trato con ninguno. Isabel, creo que soy invisible para los demás. Nadie cuenta conmigo.

—Esas son manías tuyas, que pronto se te pasarán.

Y llegó el momento. Viajamos a Laredo, en el norte. De su puerto partiría la flota. Tenía que viajar a un lugar lejano. Nunca había visto el mar. Pensé horrorizada que en medio de aquella inmensidad pasaría días, semanas... Mi madre me acompañó hasta el último momento. Mi padre no apareció, ni unas letras de despedida. ¡Mi padre! El mismo que me tiene aquí encerrada.

Doña Juana pasea muy nerviosa por la habitación. De pronto se arrodilla en el suelo y agarrándose la cabeza con las dos manos dice suplicante:

—Dios mío, concédeme unas horas de sueño. Necesito descansar. Estoy cansada, muy cansada... Pero Tú tampoco me escuchas. Nadie me escucha.

Hermosos recuerdos

A la mañana siguiente

Hernán Duque de Estrada, después de despachar con el personal de servicio y de mantener reuniones con el médico, Juan de Soto, y con el confesor de la reina, Juan de Ávila, considera que ha llegado el momento de pasar a cumplimentar a la soberana.

Desde la antecámara, manda a una de las doncellas que pase a comunicarle a la reina que el nuevo jefe de su casa desea presentarle sus respetos.

—Decidle que si ahora no le viene bien, puedo volver cuando me diga.

La doncella no puede evitar un gesto de sorpresa y se dirige a la habitación. A los pocos minutos regresa y, mirando a Hernán Duque, comenta:

—Ella dice que os recibirá ahora.

Hernán Duque, muy serio, la corrige:

—Os estáis refiriendo a doña Juana, reina de Castilla. No volváis a decir «ella». Utilizad «su majestad», «reina» o «señora». ¿Me habéis entendido?

—Sí, señor —asegura la doncella, que de repente se ha puesto muy seria.

Hernán Duque golpea suavemente la puerta antes de entrar. La habitación está en semipenumbra. Solo un rayo de luz penetra por un ventanuco al que no se tiene acceso por su elevada altura. La estancia huele a cera, como si las velas hubieran estado encendidas todas. Ahora, solo una temblorosa llama ilumina una mesa, cerca de donde doña Juana está sentada.

Antes de saludar a la reina, que se encuentra de espaldas a la puerta, Hernán Duque observa todo con atención. El lecho aparece intacto. Es posible —piensa— que doña Juana no se haya acostado o que ya lo hayan arreglado, pero le parece poco probable por el estado de abandono en el que se encuentra la habitación. Tiene que hacer bastante tiempo que nadie se ocupa de arreglarla. En las paredes cuelgan tapices que apenas se pueden ver por las cajas, baúles y telas apiladas por todas partes. En alguna de las mesas quedan restos de comida... La situación le parece penosa. Se acerca a la reina.

—Buenos días, señora, soy vuestro humilde servidor, Hernán Duque de Estrada. He sido elegido para ser el jefe de vuestra casa —se presenta mientras toma una de las manos de la reina acercándola a sus labios en señal de respeto.

Doña Juana, que con los ojos perdidos mira a algún lugar solo existente para ella, al escuchar la voz

reacciona lentamente y al fijarse en el rostro de quien tan cortés y amablemente se dirige a ella, lo identifica inmediatamente, y con toda naturalidad extiende su mano para acariciar la herida en la mejilla de Hernán Duque. No dice nada.

Si la tarde anterior la sorprendida por la reacción de aquel desconocido que no se había alterado ante la herida causada fue ella, ahora es él quien se impresiona con el gesto de afecto protagonizado por doña Juana.

—¿Permitís que me siente? —pregunta Hernán Duque.

—Por favor, perdonad que no os lo haya dicho. Ya he perdido la educación y buenas costumbres. Buscad una silla en esta embarullada habitación.

—Esta mañana, señora, he hablado con vuestro médico, el doctor Soto, que me ha dicho que la salud de vuestra majestad es buena. Le he preguntado si os beneficiaría salir algunas tardes a dar cortos paseos y me ha dicho que sí.

Doña Juana lo mira incrédula.

—¿Me decís que voy a poder salir a pasear?

—Sí. He oído comentar que sois una excelente amazona. Algún día podríamos hacer alguna pequeña escapada. Yo os acompañaré.

—Me cuesta creerlo. Seguro que es todo mentira. ¿Por qué ha decidido mi padre cambiar a mi carcelero? ¿Está él de acuerdo con lo que me estáis proponiendo?

Hernán Duque no puede decirle que su padre, el rey Fernando, ha muerto. Cisneros le ha alertado para

que no lo haga, porque la última voluntad del Rey Católico fue que todos los que tenían relación con la soberana mantuvieran secreto sobre su muerte. No quería que doña Juana se enterase.

—Señora, comenzamos una nueva etapa. Yo me ocuparé de todo lo relacionado con vuestra persona. A partir de ahora las cosas van a cambiar. Muchos de los sirvientes directos de mosén Ferrer han sido despedidos y él tampoco va a volver.

—Por fin mi padre ha escuchado mis ruegos. Doy gracias por ello a Dios. ¿Habéis visto a mi hija, la infanta doña Catalina? —pregunta la reina.

—Sí, he estado con ella. Ya he dado orden para que abran una ventana en la pared de su habitación.

—¿Sabéis que también con ella se portan mal? —le pregunta doña Juana.

—Eso ya ha pasado. Estando yo aquí no volverá a suceder —asegura Hernán Duque, que añade—: Y si estáis de acuerdo, ordenaré que cambien las habitaciones de vuestra majestad a otras dependencias más soledadas que estas.

—¿Sois real o todo obedece a uno de mis delirios? —pregunta incrédula la reina—. A veces creo que mi vida es una pesadilla de la que voy a despertar en cualquier momento.

—¿Dónde os gustaría despertar?

Doña Juana se levanta de la silla y pasea lentamente, muy pensativa. Hernán Duque la mira y piensa

en lo hermosa que tuvo que haber sido, aún lo es. A pesar de su deplorable aspecto, conserva un atractivo muy especial. Calcula que tendrá unos treinta y ocho años. No puede por menos de sentir lástima por esta desgraciada mujer que vive encerrada desde los treinta años.

—¿Cómo me habéis dicho que os llamáis? —le pregunta la reina.

—Hernán. Hernán Duque de Estrada, señora.

—Hernán, no os conozco lo suficiente para contestaros a ese tipo de pregunta.

—Perdonadme por mi indiscreción, señora. No quería ofenderos. Si no mandáis nada, me retiro. Pasaré a veros esta tarde y tratamos de organizarnos un poco —dice Hernán Duque.

—Está bien. ¿Organizarnos decís? Todo esto es nuevo para mí —asegura la reina.

Al quedarse sola, la expresión del rostro de doña Juana se dulcifica, en sus ojos brilla una luz especial. Busca en uno de los joyeros y sonríe con emoción al tener entre sus manos un precioso collar de esmeraldas. Claro que sabe dónde le gustaría despertar.

Qué feliz fui en Lier. Claro que me gustaría despertar allí, aunque tuviera que volver a sufrir aquel horrible viaje en el que el miedo, la zozobra y la incertidumbre no me abandonaron ni un solo momento. Llegué a temer por mi vida ante el mal estado del mar. Algunas

embarcaciones se perdieron para siempre llevándose con ellas parte de mi ajuar. Nos vimos obligados a fondear en Inglaterra, en el puerto de Portland. Después de tres días, de nuevo a la mar y por fin la costa de Holanda. La primera desilusión la recibí nada más llegar al comprobar que nadie nos esperaba. Podía entender que los correos no hubiesen avisado a tiempo, pero todos creíamos que en la siguiente parada mi prometido, el archiduque, saldría a recibirnos. Mas la decepción se fue incrementado en cada ciudad en la que nos deteníamos.

Llevábamos dos semanas caminando hacia Bruselas y no aparecía. Yo cada día que pasaba estaba más confundida. Llegué a creer que se había arrepentido y me rechazaba. En el fondo, pensaba, tampoco estaría nada mal, porque de esa forma regresaría a Castilla aunque es verdad que poco tardarían en buscarme otro destino. El clima de Flandes era muy distinto al nuestro. Hacía frío y yo di buena cuenta de ello. En Amberes, donde conocí a Margarita de York, que era la tercera esposa de Carlos el Temerario, abuelo de mi prometido que seguía sin aparecer, tuve que guardar cama varios días. Allí me contaron que el archiduque se encontraba en Landek, en una importante reunión en representación de su padre. Que no había sido informado de mi llegada y que al entrarse había salido al galope. Aquello me animó un poco. Y cuando a los pocos días me encontré con él en Lier, todos mis miedos y angustias desapa-

recieron. Solo con mirar su rostro me había olvidado de todo y de todos. Aquel hombre se iba a convertir en mi esposo. Di gracias a Dios por ello.



En Lier, pequeña localidad medieval situada a medio camino entre Amberes y Bruselas, en octubre de 1496 se conocieron doña Juana de Castilla y don Felipe duque de Borgoña, conde de Flandes. Cuentan las crónicas de la época que los dos jóvenes se gustaron nada más verse y que fue tal la pasión mutua que sintieron que aquella misma tarde decidieron contraer matrimonio. Se casaron en la intimidad en una pequeña iglesia. A los pocos días se celebraría la ceremonia oficial de esponsales en la iglesia de San Gumaro, en la misma localidad de Lier.

Nadie, ni el más optimista, se había aventurado a presagiar tan venturoso encuentro. Los matrimonios entre las familias reales eran de pura conveniencia para cerrar acuerdos o entablar nuevos proyectos. Los Reyes Católicos no eran ajenos a esta política y así, después de acordar el matrimonio de la infanta Isabel con el rey de Portugal, decidieron un doble matrimonio: Juana se casará con Felipe, heredero del emperador Maximiliano I de Austria, y el príncipe don Juan, heredero de la

corona de Castilla y Aragón, contraerá matrimonio con la princesa Margarita, hermana de Felipe.

Isabel y Fernando, en un intento de mostrar su poderío al mundo, se volcaron con la flota que acompañaría a doña Juana a Flandes. Flota que después se encargaría de trasladar a Castilla a la princesa Margarita, prometida del príncipe don Juan.

Hasta Laredo viajó la reina con sus hijos para acompañar a la infanta Juana. Se sabe que la última noche antes de la salida de la expedición la pasó doña Isabel con su hija en la embarcación.

A mediados de agosto, cuando el viento fue favorable, zarpó del puerto de Castilla una flota formada por diecinueve buques y más de tres mil personas entre tripulación y séquito.

Había que realizar el viaje por mar porque España y Francia estaban en guerra. Doña Juana tenía entonces dieciséis años, y aunque en el séquito la acompañaban personas especialmente elegidas por sus padres, el cambio que iba a experimentar su vida era muy importante.

Todos los testigos que presenciaron el encuentro en Lier auguraron una vida plena de amor y felicidad para aquel matrimonio, porque desde el momento en el que se vieron el mundo dejó de existir para ellos.



Este hermoso collar, regalo de mi amado, ha sido testigo de mi felicidad. Por ello, ahora, al tenerlo entre mis manos y acariciar sus cuentas, me hace revivir aquellos momentos. ¡Dios mío, desconocía que se pudiera amar con tal intensidad! A su lado me convertí en la mujer más feliz del mundo. Felipe, mi señor, me hacía sentir en la gloria. Nadie me había hablado de la plenitud que una mujer puede experimentar al sentirse poseída por el hombre amado. A la primera noche, que deseaba fuera interminable, siguieron todas las demás y en cada una percibía cómo mi placer iba en aumento. Su hermoso cuerpo se acoplaba al mío con tal maestría que parecíamos uno solo. Pero es que mi alma, mi entendimiento, todo mi ser ya era uno con Felipe. No dejaba de dar gracias a Dios por un marido tan maravilloso. A su lado, por primera vez en mi vida, me sentía fuerte. Él parecía experimentar lo mismo. Se mostraba orgulloso al presentarme a sus amigos en los actos oficiales.

Flandes era otro mundo y yo disfrutaba de la música y del alegre colorido de las fiestas interminables que en nuestro honor se organizaban. Muchas de las personas de mi séquito se escandalizaban con los trajes de las mujeres y por cómo estas comían y bebían en compañía de los hombres, pero yo me sentía contagiada de la alegría y de las ganas de vivir y divertirse de aquella gente. Aunque lo que más deseaba era quedarme a solas con Felipe, algo que él compartía. Y juntos volábamos al cielo. Al principio me dejaba llevar, pero pronto

me volví más activa. Mi apasionamiento y entrega eran totales, algo que a Felipe le agradaba sobremanera. La vida me sonreía como nunca lo había hecho. La archiduquesa Margarita, que se iba a convertir en mi cuñada, era una muchacha encantadora y muy guapa. Pensé en lo mucho que le gustaría a mi hermano, el príncipe Juan. Estaba segura de que su matrimonio iba a ser tan feliz como el mío. Y la verdad es que no me equivoqué. En las dos uniones reinó el amor, aunque no por mucho tiempo. Mi hermano murió a los siete meses de haber casado. Y en mi matrimonio..., el amor duró un poco más, aunque negros nubarrones se cernían sobre nosotros.

Antes de guardar el collar, doña Juana lo acerca a su corazón. Mira un traje que está sobre una silla y piensa: «Sí, volveré a arreglarme y a comportarme como quien en verdad soy».